

anuario
2009
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCAMPO







ANUARIO 2009

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
“FLORIÁN DE OCAMPO” (C.S.I.C.)



anuario 2009

**INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCAMPO**



ANUARIO DEL I.E.Z. FLORIÁN DE OCAMPO

I.S.S.N.: 0213-82-12
Vol. 26 - 2009

EDITA:
INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS “FLORIÁN DE OCAMPO”

Director: Pedro García Álvarez

Secretario de redacción: Blas Leal Delgado

Consejo de redacción: Miguel Gamazo Peláz, Julio Pérez Rafols, Julián Calvo Domínguez, Hortensia Larrén Izquierdo, María Concepción Rodríguez Prieto, Eusebio González García, Arsenio Dacosta Martínez, Juan Andrés Blanco Rodríguez, Jesús Carlos Portales Gato, Juan Carlos González Ferrero

Secretaría de redacción: Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”
Diputación Provincial de Zamora
C/. Ramos Carrión 11 - 49001 Zamora (España)
Correo electrónico: iez@iezfloriandeocampo.es

SUSCRIPCIONES, PRECIOS E INTERCAMBIO:

Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”
Diputación Provincial de Zamora
C/. Ramos Carrión 11 - 49001 Zamora (España)
Correo electrónico: iez@iezfloriandeocampo.es

Los trabajos de investigación publicados en el ANUARIO DEL I.E.Z. “FLORIÁN DE OCAMPO” recogen, exclusivamente, las aportaciones científicas de sus autores. El Anuario declina toda responsabilidad que pudiera derivarse de la infracción de la propiedad intelectual o comercial.

© Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
Diputación Provincial de Zamora
Diseño de portada: Ángel Luis Esteban Ramírez
Imprime: DELAIGLESIA Impresores
Pol. Ind. Valcabado A
Ctra. Gijón Sevilla, Km 272,8
49002 Valcabado
Zamora (España)
Depósito Legal: ZA - 49 - 2009

ANUARIO DEL I.E.Z. FLORIÁN DE OCAMPO

I.S.S.N.: 0213-82-12

Vol. 26 - 2009

ÍNDICE

ARQUEOLOGÍA

- Petavonium*, el hogar hispano de la legión X *Gémina* y del ala II *Flavia* ... 13
Santiago CARRETERO VAQUERO
- Arqueología en las obras del abastecimiento a Benavente y varios municipios
del Valle del Tera (Zamora) 45
Francisco Javier SANZ GARCÍA y otros
- Intervención arqueológica en el solar de la Calle Carniceros nº 28-30 y
Ronda de Santa María la Nueva s/n. Zamora 65
Ana I. VIÑÉ ESCARTÍN
- Intervención arqueológica asociada al proyecto de reconstrucción de
parte de las dependencias del Convento del Corpus Christi (El Tránsito).
Zamora 85
Ana I. VIÑÉ ESCARTÍN
- Intervención Arqueológica previa a la construcción del Nuevo Edificio
de 'Las Arcadas', en la Plaza de Viriato, para oficinas de la Diputación
Provincial de Zamora 105
Francisco Javier SANZ GARCÍA y otros
- Intervención Arqueológica asociada a las obras de rehabilitación del Teatro
Ramos Carrión de Zamora 123
Mónica SALVADOR VELASCO

DIDÁCTICAS ESPECIALES

- Las redes de aprendizaje como modelo de excelencia en un proyecto de formación ocupacional de la provincia de Zamora 135
 Ana Isabel SÁNCHEZ IGLESIAS

ETOGRAFÍA

- El medio rural en la provincia de Zamora: usos, costumbres y creencias de su entorno natural 151
 Ruth DOMÍNGUEZ VIÑAS

HISTORIA

- Los arrendamientos de viviendas en Toro durante el siglo XVIII 175
 José Luis HERNÁNDEZ LUIS
- Documentación sobre la desamortización de Godoy en Zamora en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. 1808 185
 José Antonio MATEOS CARRETERO

HISTORIA DEL ARTE

- Representaciones artísticas de la Virgen del Pilar de Zaragoza en la Diócesis de Zamora 199
 José Ángel RIVERA DE LAS HERAS
- El Puente medieval de Zamora a comienzos del siglo XX. Un estudio del alcance de la intervención del ingeniero Luis de Justo (1905-1908) 227
 Francisco Javier RODRÍGUEZ MÉNDEZ

LITERATURA

Claudio, desde la amistad 271

José Ignacio PRIMO

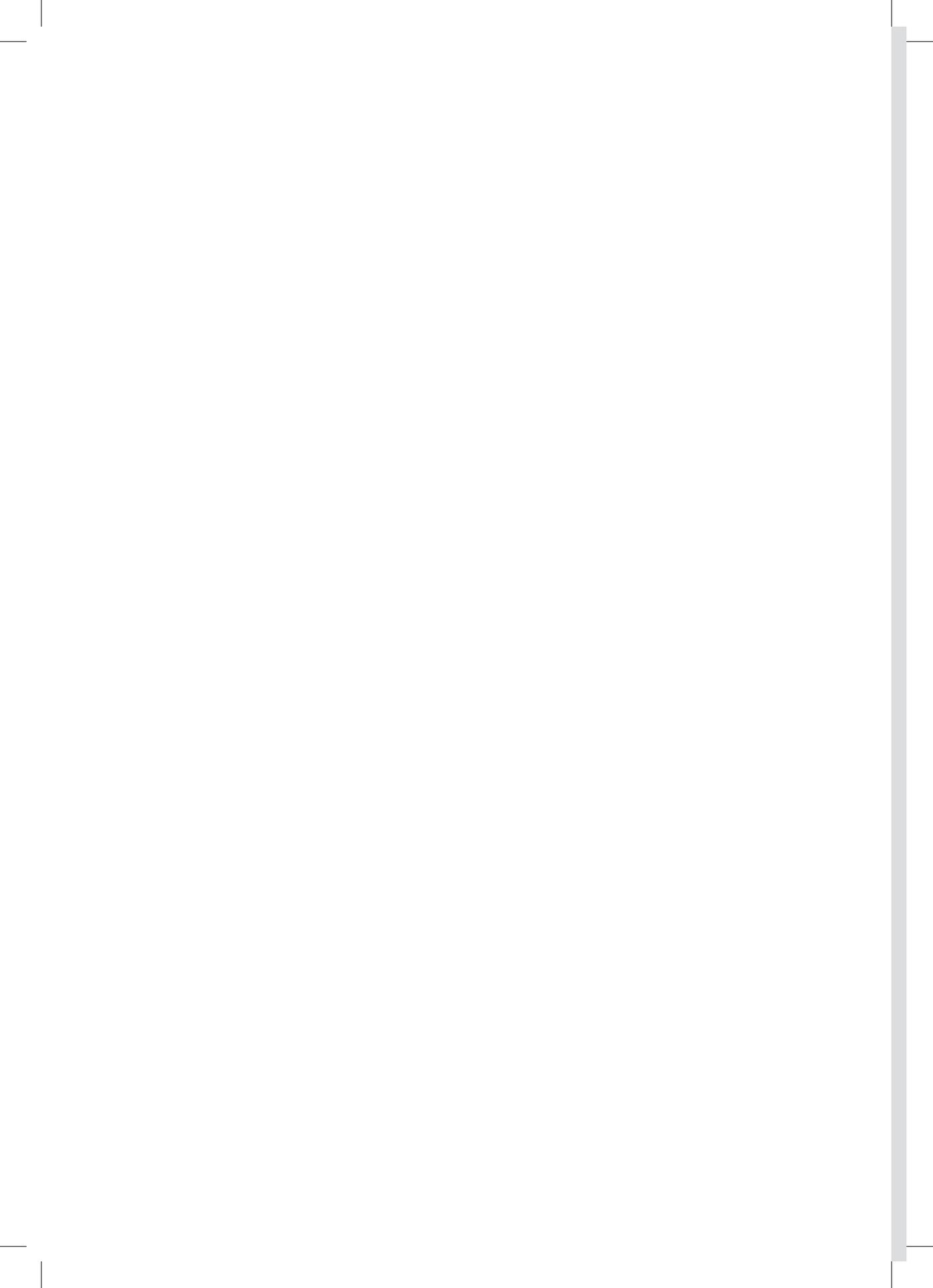
Lecturas de William Blake, William Wordsworth y Dylan Thomas
en la poesía de Claudio Rodríguez 281

María Antonia MEZQUITA FERNÁNDEZ

MEMORIA ACTUAL DE ACTIVIDADES 293

NORMAS PARA LOS AUTORES 335

RELACIÓN DE SOCIOS 339



LITERATURA





CLAUDIO, DESDE LA AMISTAD

JOSÉ IGNACIO PRIMO

CATEDRÁTICO DE LENGUA Y LITERATURA

RESUMEN

Este artículo muestra determinados aspectos de la amistad que José Ignacio Primo y el poeta Claudio Rodríguez compartieron durante más de veinte años. Incluye, además, el análisis de aquellas partes de su obra que son un reflejo directo de sus vivencias, tales como la necesidad de recuperar los recuerdos de la infancia transcurrida en su ciudad natal, la búsqueda de su propia salvación o la pérdida de algunos miembros de su familia. Al final, José Ignacio Primo nos relata cómo su amigo, poeta ya consagrado, acepta la muerte y vuelve a su tierra para siempre.

CLAUDIO, FROM OUR FRIENDSHIP

ABSTRACT

This article will show certain aspects of the friendship that José Ignacio Primo and the poet Claudio Rodríguez shared for more than twenty years. It will also include the analysis of parts of his works reflected from his life, such as the necessity to recover the memories of his childhood in the town he grew up, the quest for his own salvation or the loss of some members of his family. At the end of the article, José Ignacio Primo will tell us how his friend, who was already a very well-known and recognized author, accepts death and goes back to his hometown forever.

El autor de este escrito nos relata su visión del poeta Claudio Rodríguez desde la amistad vivida durante más de veinte años. Tras unos recuerdos infantiles, José Ignacio Primo va indagando en la personalidad del poeta a través de esa amistad y del conocimiento de su obra, a la vez que intenta desentrañar por medio de sus versos algunos momentos complicados en la vida del poeta, así como su difícil relación con su ciudad del alma y sus gentes. Sin embargo, al final el poeta se entrega porque en esas tierras a veces floreció la amistad y muchas veces hasta el amor. Esa fue su recompensa.

Conocí a Claudio Rodríguez allá por los años 50, cuando, siendo yo aún niño, jugaba al futbito en lo que llamábamos el “acerón”, que era el acceso a un noble edificio en la avenida Príncipe de Asturias, edificio que aún sobrevive a la voraz especulación. Y allí precisamente vivía Claudio Rodríguez y su familia. Recuerdo muy bien a una elegante señora, su madre, a la que llamábamos la viuda, con un moño muy de la época, siempre elegante y siempre sola o al menos esa era la impresión que a los jóvenes que por allí rondábamos nos producía. Y es que cuando alguien salía o entraba en aquel edificio parábamos inmediatamente el juego y la diminuta pelota del “gorila” se detenía; entonces hacíamos pasillo a la persona que entraba o salía, clavándose en ella nuestras miradas y fijando una imagen que al menos en mí ha llegado hasta hoy. De pronto, al alejarse la persona o salir del ámbito del juego, continuábamos el partido como si nada hubiera sucedido. Eran “aquellos días azules y aquel sol de la infancia” que Antonio Machado dejara escrito en el bolso de su chaqueta cuando llegó el día de su último viaje.

Pero a mí también me unían a aquel edificio vínculos familiares. En el bajo vivían unos tíos muy queridos por toda la familia. La desgracia se cebó con ellos, fallecieron repentinamente con poca diferencia de tiempo y en la plenitud de sus vidas. Su prematura muerte hizo que mi madre y otra tía se convirtieran en tutores de mis primos, alguno de ellos aún muy niño. Por eso, las visitas a aquel edificio y a aquella casa se hicieron aún más frecuentes. Conocía bien a todos los que habitaban aquel edificio y muy pronto me fijé en un joven alto, elegante, de buena planta, también solitario, o esa impresión percibía yo, que de pronto desaparecía para perderse en la ciudad. Lo recuerdo con su abrigo de paño, el cuello subido y el pitillo en la boca. Imagen que ahora me parece tópica pero que entonces dejó en mí una sensación inquietante, cargada de intriga, cosa que aumentó cuando oí decir que era un joven poeta, ¡qué locura!, y que había ganado un premio importante (Adonáis 1953), aunque bien es cierto que nadie había leído su obra con un extraño título, “Don de la ebriedad”, y por supuesto no se oía ningún comentario sobre sus poemas simplemente por el desconocimiento de su obra. Luego supe que aquellos paseos solitarios eran no sólo una liberación para él, sino al mismo tiempo una revelación, una forma de conocimiento, y a la vez se iba despertando en él una alta dosis de contemplación que constituiría el impulso vital de su poesía. De pronto, dejamos de ver al joven visionario que había terminado sus estudios en Madrid. Cuando años más tarde, en 1962, fui a la Universidad de Salamanca para realizar mis estudios de filosofía y letras, quise inmediatamente conocer su obra. Por aquellos años ya había publicado su segundo libro “Conjuros” (1958). Fue entonces cuando cayeron en mis manos los versos de aquel joven poeta:

Como si nunca hubiera sido mía,
 dad al aire mi voz y que en el aire
 sea de todos y la sepan todos
 igual que una mañana o una tarde.

Cuánta generosidad. Pronto comprendí que me encontraba ante los versos de un poeta excepcional. Por aquellos años (1958) se encontraba en Inglaterra como lector de español primero en la universidad de Nottingham y luego en Cambridge. Apenas venía a Zamora. Yo comencé a comentar sus poemas con su compadre Agustín el Rejo, en aquellas noches de flamenco y poesía que con frecuencia solíamos tener en el bar El Rocío de la calle Pelayo. Allí conocí a las hermanas de Claudio, Marisa y Mari Carmen, y allí, en El Rocío, hablé con él por primera vez en uno de sus viajes relámpago que de tarde en tarde hacía para ver a los suyos. Sintonizamos con rapidez, el vino facilitó las cosas. Unos años más tarde, en el 66, volvimos a tener un encuentro. Fue en Oviedo. Claudio tenía que impartir una conferencia sobre su poesía en el Ateneo ovetense, había sido invitado por el profesor Martínez Cachero. Paseaba yo por la calle Uría cuando me encontré con Claudio recién llegado a la ciudad, la estación estaba al comienzo de la calle, venía con su pequeña maleta y en su cara se reflejaba la extrañeza de encontrarse en una ciudad ajena. Me pidió que le acompañara al hotel Pasaje, muy próximo a aquel lugar, para dejar el maletín. Eran las 10 de la noche, hora que marcaba el inicio de una noche inolvidable. Háblame de Zamora, de Agustín, de Larry, de Abrantes... Fueron sus primeras palabras, palabras que se repetían con frecuencia porque una y otra vez insistía en volver a su pasado. Era como una necesidad acuciante el retorno al pasado, a su tierra de origen y evocar así el mundo de la infancia, parecía como una honda preocupación el deseo de recuperar su mundo aniquilado por el paso del tiempo:

Pero algún gesto hago, alguna vara
 mágica tengo porque, ved, de pronto
 los seres amanecen, me señalan.
 Soy inocente.
 (Canto del despertar, *Don de la ebriedad*)

Y así, entre copa y copa, iniciamos el ascenso a Santa María del Naranco. Los paseos para Claudio siempre fueron una liberación, por lo que era complicado seguir su ritmo. De repente tan pronto detenía sus pasos como al instante retomaba el caminar con sus recuerdos a cuestas. Siempre confesó que se consideraba un poeta andariego, escribía andando, caminando, en una intensa búsqueda de la contemplación. “Soñar es sencillo, pero no contemplar”, repetía con insistencia.

En aquella larga noche yo no podía comprender lo que en su cabeza bullía. De nuevo se detiene, era un auténtico calvario caminar a su lado y exclama:

¡Dónde!, ¡dónde!, ¡dónde!. Donde la flor sin nombre.

Eran ecos de su paso por el instituto “Claudio Moyano”, influido por don Ramón Luelmo, su profesor de literatura, a quien tanto recordaba con la emoción de aquel adolescente que en su memoria acumulaba ejemplos de estrofas y de figuras literarias que memorizaban sus alumnos mecánicamente. A veces, inesperadamente, acudían a nuestra mente y Claudio insertaba alguno de ellos en ese deseo eterno de recuperar su inocencia juvenil, en esa inquietud por mantener esa pureza, la claridad del alma, porque:

Siempre la claridad viene del cielo;
es un don: no se halla entre las cosas
sino muy por encima, y las ocupa
haciendo de ello vida y labor propias.
Así amanece el día.
(Don de la ebriedad)

Y así amaneció el día. Casi sin enterarnos, en plena ascensión al monte que bien pudo ser Carmelo, nos encontramos ante el alba;

Tras amoroso lance
y no de esperanza falto
volé tan alto, tan alto
que le di a la caza alcance.
(San Juan de la Cruz)

escribía San Juan de la Cruz en un irrefrenable deseo de alta contemplación. Y el alba nos echó su manto en pleno éxtasis. De pronto Claudio en una de esas salidas que de súbito le arrebataban, ante la contemplación del amanecer y con un grito lorquiano desesperado exclamó:

Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
(F.G. Lorca, Llanto por I.S.M.)

Noche inolvidable aquella. Comprendí entonces que Claudio se encontraba siempre en constante huida. O quizá ésa era su esencia vital. La poesía fue para Claudio una forma de aislarse como suprema expresión de la huida y sin duda un método en la búsqueda de su salvación personal.

¿Es que voy a morir?. Decidme, ¿cómo
veis a los hombres, a sus obras, almas
inmortales?. Si, ebrio estoy, sin duda.
La mañana no es tal, es una amplia
llanura sin combate, casi eterna,
casi desconocida porque en cada
lugar donde antes era sombra del tiempo,
ahora la luz espera ser creada.

.....

¿Es que voy a vivir? ¿Tan pronto acaba
la ebriedad? Ay, y cómo veo ahora
los árboles, qué pocos días faltan...

(*Don de la ebriedad*, Libro III)

Morir, vivir, he aquí la clave de esa zozobra en la que se debatía Claudio. Y ello motivó una vida vacilante, insegura, algo que muchos de los que le conocieron no llegaron a entender. Aquella noche imborrable me hizo comprender la hondura y a la par la fragilidad del alma de Claudio.

A partir de aquel encuentro nuestra amistad se fue fraguando con la transparencia que un alma tan insegura podía dejar entrever. Su honda preocupación era convivir con la gente sencilla. Sin embargo, no quería ser popular, en definitiva ser popular marcaba un distanciamiento, una forma de ser distinto a los demás y lo que él buscaba era una auténtica identidad, confundirse con el pueblo, ser pueblo. Con esta identificación el espíritu se purificaría. Pero no lo logra y opta por la constante huida:

Y como veía
que era tan popular entre las calles
pasé el puente y, adiós, dejé atrás todo.
(*Al ruido del Duero*, *Conjueros*)

Durante la década de los 70 se refugió en la gran urbe, Madrid. La gran ciudad siempre le ofreció un clima de desconfianza frente a la soledad del campo. Además vendrán para él unos años duros, durísimos, un auténtico calvario en la vida del poeta. En pocos años verá desaparecer a toda su familia, algunos en circunstancias

verdaderamente trágicas. El destino trágico le sigue y le persigue, comienza la “aventura de una destrucción”:

No volveré a dormir en esta daño, en esta
ruina,
arropado entre escombros, sin esbozo,
sin amor ni familia:
entre escoria viva.
Y al mismo tiempo quiero calentarme
en ella, ver
cómo amanece, cómo
la luz me da en mi cara, aquí, en mi cama,
la vuestra, padre mío, madre mía,
hermanos míos,
donde mi salvación fue vuestra muerte.
(*El vuelo de la celebración*)

Y Claudio continua con su solitaria huida, aunque a veces su alma navegue por la meseta castellana. Es la etapa de “El vuelo de la celebración” donde se encuentran los poemas más urbanos del poeta. Y en estos momentos de soledad y dolor, Zamora, a la que tanto necesitaba, le da la espalda:

Todos llevamos una ciudad dentro,
ciudad que nos alienta y acusa:
la ciudad del alma.

diría Claudio. Y en estos momentos su ciudad le acusa. Es una historia de amor/desamor, pero el poeta ha pasado el puente y se niega a retornar, se siente desamparado incluso de sus propios amigos.

... sí, y aquellos hombres
en los que confié, tan sólo ávidos
de municiones y de víveres...

A veces, sin embargo, en esas tierras
floreció la amistad. Y muchas veces
hasta el amor. Doy gracias.
(Por tierra de lobos. *Alianza y condena*)

Por estos años coincidí con Claudio varias veces en Madrid. Cuando le hablaba de su ciudad, se refugiaba siempre en sus amigos del alma e inmediatamente se evadía:

Es el miedo, es el miedo.
 Ciego guiando a otro ciego.
 Miedo que es el origen de la desconfianza,
 de la maldad, pérdida de la fe,
 burla y almena.
 (Cantata del miedo, *El vuelo de la celebración*)

Dolor, miedo, pánico se apoderan del alma de Claudio hasta abatirlo, la destrucción hace quebrar las hondas raíces que sustentan su creación lírica, el acento humano del poeta está dolorido. Es “El sueño de una pesadilla”:

Las calles, los almendros,
 algunos de hoja malva,
 otros de floración tardía, frente
 a la soledad del puente
 donde se hila la luz: entre los ojos
 tempranos para odiar. Y pasa el agua
 nunca tardía para amar del Duero,
 emocionada y lenta,
 quemando infancia.
 (*El vuelo de la celebración*)

En 1983 se le concede el Premio Nacional de Literatura lo que supuso un cambio de rumbo en su vida, retomará el pulso con Zamora, se volverá a reencontrar con “la ciudad del alma”.

Sólo se pierde lo que no se ama,
 ¿o aquello que se ama?

decía con frecuencia.

Claudio nunca supo renunciar a aquello que amaba, sobre todo a las pequeñas cosas, cosas humildes, de las que en ocasiones tuvo que prescindir pero que siempre estuvieron presentes en el recuerdo.

Pero he vuelto.
 Campo de la verdad, ¿qué traición hubo?
 (Al ruido del Duero, *Conjuros*)

Unas conferencias, el Premio de las Letras de Castilla y León (87), miembro de la RAE (87), el nombramiento de hijo predilecto de la ciudad de Zamora (1989),

el pregón de fiestas en San Pedro (1993), Premio Príncipe de Asturias y Premio Reina Sofía (93), el acuerdo municipal de poner su nombre a una calle (1994) , le hicieron recuperar el palpito que tanto anhelaba con su ciudad. Sus visitas a Zamora comienzan a ser frecuentes:

Qué distinto el amor es junto al mar
 Que en mi tierra nativa, cautiva, a la que siempre
 cantaré,
 a la orilla del temple de sus ríos.
 (Sin adıos, *El vuelo de la celebración*)

Su vida poco a poco se convierte en “Casi una leyenda”. Pocas veces Claudio hablaba con los amigos de sí mismo, aunque sí aparecía con insistencia el deseo del retorno a la infancia y juventud, quizá con el pretexto de alejarse del fin que comenzaba a intuir. La vejez y su momento final, la muerte, se convierten en un tema preocupante:

Alguien llama a la puerta. Doloroso
 es creer. Pero se abren
 de par en par las palmas de las manos;
 los nudillos gastados
 piden, cantan
 en el quicio que es mío este treinta de enero.
 (Balada de un treinta de enero, *Casi una leyenda*)

Era el treinta de enero la fecha de su nacimiento. Poco a poco va comprendiendo la llegada del momento final. Hay un impulso que le conduce a la necesidad de verse rodeado de sus amigos, busca en el calor de la amistad.

No sé por qué he vivido tanto tiempo.
 No me voy como huido
 porque ahora estoy junto a los de mi mesa.
 (Solvat seclum, *Casi una leyenda*)

Aún recuerdo con dolor el día que recibí la noticia de que Claudio esperaba con serenidad la hora del último viaje. Pocos días antes había conversado con él por teléfono. “Cuéntame cosas de Zamora, de mis amigos”, iniciaba de esta manera la conversación. Víctor García de la Concha comentó que cuando fue a visitarlo al hospital le dijo ; me voy de vuelo! parafraseando a San Juan de la Cruz. Y él le contestó “saluda a los poetas”. Yo después de la conversación telefónica ya no volví a

escuchar su voz. Fue un duro golpe. Clara me comunicó que su deseo era “fundirse con la tierra en Zamora”. Me pidió que iniciara sin pérdida de tiempo las gestiones para que su deseo se cumpliera. Su “Aventura” se quedó en leyenda. El poeta pide a la muerte que entre en el baile, que habite entre nosotros, es necesario sentirla cerca, con familiaridad, para poder sacarla a bailar y así perderle el miedo.

El último poema, “Secreta”, recoge su postura ante la vida y la muerte con total coherencia, no hay nada que temer de la muerte o quizá sea un momento de alegría, de participación, porque en definitiva al fundirse con la tierra generará nueva vida para así cumplirse el ciclo vital. Y se ha cumplido. Claudio está aquí, entre nosotros.

Tú no sabías que la muerte es bella
y que se hizo en tu cuerpo. No sabías
que la familia, calles generosas,
eran mentira.
Pero no aquella lluvia de la infancia,
y no el sabor de la desilusión,
la sábana sin sombra y la caricia
desconocida.
Que la luz nunca olvida y no perdona,
más peligrosa con tu claridad
tan inocente que lo dice todo:
revelación.
Y ya no puedo ni vivir tu vida,
y ya no puedo ni vivir mi vida
con las manos abiertas esta tarde
maldita y clara.
Ahora se salva lo que se ha perdido
con sacrificio del amor, incesto
del cielo, y con dolor, remordimiento,
gracia serena.
¿Y si la primavera es verdadera?
Ya no sé qué decir. Me voy alegre.
Tú no sabías que la muerte es bella,
triste doncella.

Claudio fue siempre un hombre sencillo, empeñado en establecer una aventura entre la intimidad y la realidad, porque la poesía no nace sólo de una experiencia concreta, sino que dicha experiencia se va forjando a través del lenguaje pero siempre vinculada a la vivencia total del poeta. Es en definitiva, como a él le gustaba decir, una contemplación viva donde “la palabra puede llegar a ser verdadera”,

en palabras de Antonio Machado. Los grandes poetas son aquellos que logran sobrevivir no sólo a las leyendas tanto positivas como negativas que giran en torno a ellos, y Claudio tampoco se libró de ellas, sino también cuando sobreviven a las interpretaciones más ardorosas de sus fervientes admiradores, porque sólo así alcanzarán ese último objetivo que una poesía tan trascendente como la de Claudio anhela conseguir, el de la inmortalidad de lo clásico.



